

Notas del Mes

Miguel Luis Rocuant

En un día de febrero último, partió en su viaje sin retorno este gran caballero que era Miguel Luis Rocuant. Y aunque este sea el destino del hombre y todos tengamos que concurrir a esa tremenda cita, que siempre deseamos que esté lo más lejos posible, es triste darse cuenta de la realidad. Comprobar que la presencia viva de una persona por quien sentimos un hondo y sincero afecto ya no podrá estar entre aquellos con quienes nos fué grato compartir horas de amistad y de recíproca simpatía.

Hombre de exquisita sensibilidad y de talento superior, Miguel Luis Rocuant, le dió a su país los mejores frutos de su espíritu. Le sirvió como funcionario público en la Biblioteca Nacional y luego en la diplomacia desempeñando altos cargos en nuestro servicio exterior, como Ministro en Brasil, en Cuba y en México y, finalmente, como Subsecretario de Relaciones Exteriores. Sin esfuerzo, y como una manifestación espontánea de su manera de ser, Rocuant, dejó en todas partes el signo elocuente y fuerte de su personalidad, de la aristocracia de su espíritu, de la penetrante inteligencia con que afrontó y resolvió los difíciles problemas que el Gobierno encomendó a su experiencia, a su sagacidad y a su discreción y buen criterio. Era uno de esos chilenos honestos de conducta sin mácula, y cabal

voluntad para servir a la patria con altura de miras y con ese orgullo del ciudadano que no toma en cuenta su propia persona para obtener el triunfo, sino que el prestigio de su país al cual le daba gozoso todas sus aptitudes en generoso gesto de gran señor.

Pero don Miguel Luis Rocuant, no era sólo eso. Poseía además condiciones excepcionales, que destacaron su nombre en los círculos literarios. Poeta de corte clásico, sus composiciones quedaron diseminadas en diarios y revistas de comienzos de este siglo y en algunos libros que como «Brumas», «Poemas» y «Ceniza de horizontes», fueron publicados aquí en Chile y en Madrid. Escribió Rocuant, algunas novelas entre las que citaremos «El Crepúsculo de las Catedrales», traducida al francés por A. de Faiguerolles y «Con los ojos de los muertos», obras que demuestran a un fino y curioso observador de la realidad y más que nada a un hombre de gustos depurados, amante del buen estilo. Su prosa adquiere singular belleza de formas en uno de sus libros que tal vez alcanzó mayor resonancia de crítica y de librería. Son sus impresiones de un viaje a Grecia, condensadas en un bello volumen titulado: «En la barca de Ulises». Este libro tiene el mérito de la originalidad, pues aunque han sido muchos los autores que escribieron sobre el tema, Rocuant no se dejó influir por ninguno. Escribe su obra con todo su espíritu reconcentrado en lo que vió y en lo que vibró dentro de su sensibilidad. La cultura de Rocuant, lo permitió hacer de estas impresiones de viaje, un maravilloso compañero del lector que se interne en su afán de conocer todo aquello que recuerda la historia de Grecia, sus leyendas y sus hazañas de pueblo superior.

Deja Rocuant sin publicar, un libro de viajes titulado «Paisajes del Evangelio», en el cual resume su viaje por Palestina. Un libro sobre Bergson, al cual Rocuant le confería gran importancia como realización y comprensión de la obra del célebre filósofo. Este libro se vió obligado a dejarlo en París, a

raíz de la ocupación militar alemana. En estos momentos trágicos, el escritor chileno que entonces vivía allí, se vió obligado a partir rápidamente sin tener tiempo de ordenar sus escritos. Entre éstos hay varios tomos de memorias que seguramente tienen un interés notable, pues en ellas Rocuant consigna los recuerdos de su vida de diplomático.

Aparte de su personalidad como escritor, como diplomático y hombre de grandes vinculaciones sociales e intelectuales, era Rocuant un amigo de trato exquisito. Uno de esos seres a los cuales nunca se les puede hacer un reparo por faltar a la amistad, pues siempre sus actitudes estaban íntegramente justificadas por una lealtad sin sombras de ninguna especie. Cordial, afectuoso, siempre era para él encontrarse con un compañero escritor. Y se entregaba con deleite a conversar de lo que a él le gustaba: la literatura.

Con la expresión de sus ojos en la cual había a la vez algo de infantil y malicioso, iba desenvolviendo el hilo mágico de sus recuerdos y de este modo desfilaban ante sus oyentes, paisajes, anécdotas, gentes de la prensa, del teatro, de la diplomacia. Era un exquisito charlador. Y la última vez que le vimos, allá en Valparaíso junto al mar, estaba feliz como un muchacho, al conversarnos de un próximo viaje a Europa. Iba a buscar sus libros para publicarlos, para revisarlos, para realizar lo que él amaba por sobre todas las cosas en que pudo emplear su inteligencia superior.

Pero él no sabía que ya estaba citado para otro viaje. Y como no lo supo, se fué con el corazón lleno de dulzura. Con la mente iluminada de sueños felices. Que su recuerdo nos acompañe siempre.

Feria del Libro

En la Alameda Bernardo O'Higgins, se ha instalado este año la Feria del Libro, o sea una venta popular de libros a precios rebajados, a la cual han concurrido la mayoría de las